

La edad de oro europea

Barry Eichengreen

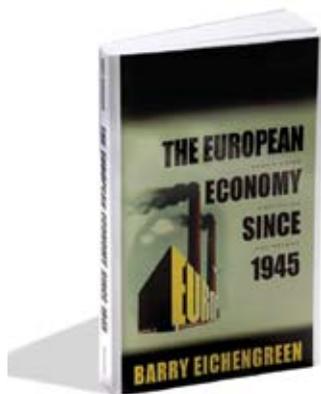
The European Economy Since 1945

Coordinated Capitalism and Beyond

Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2006, 504 págs., US\$35 (tela).

Barry Eichengreen es muy conocido dentro del FMI por ser uno de los principales historiadores económicos del sistema monetario internacional y un economista autor de agudos análisis sobre la actual arquitectura financiera internacional. No obstante, entre los historiadores económicos se le conoce más por sus influyentes estudios sobre el Plan Marshall y la edad de oro del crecimiento económico en la Europa de posguerra. Eichengreen desarrolló la idea de que en los países más prósperos, incluido Alemania occidental, el rápido crecimiento económico se basaba en un equilibrio cooperativo entre el capital y la mano de obra, que ofrecía moderación salarial a cambio de un alto nivel de inversión: una combinación que facilitó la rápida recuperación del crecimiento. Los países que nunca lograron este equilibrio, como el Reino Unido, aprovecharon peor las oportunidades de la edad de oro. En este libro se repasa y amplía este análisis. La evolución del sistema monetario internacional no constituye el tema central, sino más bien un aspecto de la integración europea que, a su vez, se considera desde el punto de vista de sus repercusiones en el crecimiento económico.

Mientras que los estudios anteriores de Eichengreen se centraban fundamentalmente en la edad de oro, en este caso el autor continúa el análisis hasta el momento actual: examina la evolución, claramente menos extraordinaria, del crecimiento económico en Europa desde esa época dorada. Eichengreen atribuye este escaso crecimiento principalmente al modelo



européico corporativista, que servía perfectamente para lograr una rápida recuperación porque se centraba en las relaciones a largo plazo en las que se basaba la acumulación de los factores en los primeros años de la posguerra, pero que era mucho menos adecuado en la etapa posterior, cuando prácticamente había concluido la recuperación económica y era necesario establecer instituciones y aplicar políticas orientadas a la innovación radical y la reestructuración para respaldar el crecimiento. Por lo tanto, algunos aspectos como los mercados de capital basados en el financiamiento bancario más que en el bursátil, y la formación de capital humano centrada en la educación profesional más que en la universitaria perdieron su utilidad y se convirtieron en obstáculos, pero se resistían a las reformas.

A nivel más general, Eichengreen presenta un marco histórico convincente para la habitual crítica estadounidense sobre la Europa moderna, a saber: demasiados impuestos, demasiada reglamentación y poca competencia para aprovechar el crecimiento potencial de la tecnología de la información y las comunicaciones. De cara al futuro, señala que Europa deberá adaptarse para hacer frente a las presiones de la globalización y aprovechar las oportunidades que ofrecen los cambios tecnológicos basados en la ciencia e importantes para el proceso productivo.

Este análisis espléndidamente presentado nos ayuda a entender el cambio de ritmo del crecimiento en Estados Unidos y Europa desde

mediados de los años noventa. Aunque Eichengreen no insiste en este punto, también examina el deterioro económico relativo del Reino Unido durante la edad de oro y su reactivación económica posterior. No obstante, la exposición es a veces demasiado fluida, y los escépticos podrían cuestionar que los datos respalden plenamente el peso de las conclusiones. Por ejemplo, aunque la negociación salarial centralizada se considera una pieza clave de la edad de oro, el papel que desempeñó no ha sido confirmado por las regresiones del crecimiento. De hecho, algunos países que prosperaron considerablemente durante los primeros años de la posguerra, como Francia, parecen encajar peor en el modelo de Eichengreen que, por ejemplo, Suecia, que parece coincidir perfectamente con este esquema.

Un análisis plenamente convincente de cómo se mantuvo el equilibrio cooperativo también debería poder explicar la razón del declive del mismo y el final de la edad de oro en los años setenta. Pero el audaz estudio de Cameron y Wallace ("Macroeconomic Performance in the Bretton Woods Era and After", *Oxford Review of Economic Policy*, 2002) en el que se examinan estas cuestiones convirtiendo el análisis de Eichengreen en un modelo formal de la teoría de juegos muestra que no es fácil obtener respuestas a esas preguntas. Se comprende que, en un libro que se ha escrito sin duda para un público amplio de estudiantes y lectores no especializados, estas cuestiones técnicas no tengan la máxima prioridad; pero es motivo de inquietud que los fundamentos teóricos y empíricos del esquema global tal vez no sean tan sólidos como podría pensar el lector medio.

The European Economy es un libro muy bien escrito que tendrá muchos lectores. Presenta un análisis sólido y merece tener mucho éxito. Sin embargo, es probable que no sea el libro definitivo sobre el crecimiento económico europeo en la segunda mitad del siglo XX.

Nicholas Crafts
 Profesor de Historia Económica
 Universidad de Warwick

El poder del sol

Travis Bradford

Solar Revolution

The Economic Transformation of the Global Energy Industry

MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 2006, 248 págs., US\$24,95 (tela).

A mucha gente, la idea de que la energía solar pueda convertirse en una fuente importante de energía le ha parecido inverosímil. En este libro no solo se presenta un análisis convincente que contradice esta idea, sino que se va más allá y se señala que el cambio radical hacia la energía solar será inevitable en las próximas décadas.

Según Bradford, el resurgimiento del debate sobre la energía debe considerarse en un contexto histórico. El desarrollo de las sociedades humanas se ha caracterizado, en gran parte, por la búsqueda incesante de nuevas fuentes de energía a medida que se agotaban las anteriores, un proceso que en ocasiones terminó en guerra. Las perspectivas de conseguir combustibles fósiles baratos son poco prometedoras. El descubrimiento de yacimientos tradicionales de petróleo se ha reducido con el tiempo; el gas natural es difícil de transportar; y las arenas de alquitrán en Canadá, que podrían, en principio, proporcionar energía durante muchas décadas, no son beneficiosas desde el punto de vista medioambiental, en parte porque su explotación a gran escala requiere un uso demasiado intensivo de energía.

La continua dependencia de los combustibles fósiles, además de causar cambios climáticos nuevos —y posiblemente extraordinarios—, podría agravar la lucha entre los países por los recursos energéticos. Según Bradford, a la larga, la humanidad siempre encuentra otras fuentes de energía; pero ¿cómo será la próxima fuente alternativa de energía? ¿Cuáles podrían ser los agentes catalizadores? ¿Qué grado de participación de los gobiernos es recomendable?

Para responder a estas preguntas, Bradford señala que la mayoría de las fuentes alternativas en el ámbito de los combustibles fósiles tienen sus propios problemas. La hidroelectricidad acarrea costos sociales y ambientales

encubiertos, por ejemplo muchas veces da lugar al desplazamiento de grandes comunidades; la energía nuclear plantea problemas conocidos de seguridad y fiabilidad; el uso de la energía eólica a gran escala es limitado; la energía de la biomasa requiere demasiada tierra y demasiada agua, y el combustible de hidrógeno es muy caro.

En cambio, la energía solar tiene mucho potencial, como lo demuestra su uso actual en Japón y en otros países. Según estudios del Departamento de Energía de Estados Unidos, un día de sol en la tierra puede producir energía suficiente para satisfacer las necesidades totales de energía mundial durante 27 años. A partir de esta información, Bradford concluye que, por su eficacia, la energía solar se convertirá en una fuente principal de energía en las próximas décadas. Basa esta predicción en dos argumentos fundamentales. En primer lugar, los consumidores, por su propio interés, procurarán utilizar energía solar porque es eficaz en función de los costos más que por razones medioambientales. La intervención del gobierno puede alentar este proceso, pero no será decisiva.

En segundo lugar, la energía solar es viable porque las casas y empresas pueden tener su propia fuente de energía utilizando células fotovoltaicas, que pueden conectarse a una red más eficiente de producción y almacenamiento. Según Bradford, esto es esencial. La idea de que la electricidad solo puede proporcionarse a gran escala y a través de redes es incorrecta: aunque existen economías de escala en el sistema actual de generación centralizada de energía, muchas de ellas son contrarrestadas por los costos del transporte,

que en Estados Unidos representan la mitad del costo total. El cambio proyectado de la producción a gran escala a un sistema conectado a redes puede compararse con el cambio de las macrocomputadoras a las computadoras personales en los últimos 20 años.

En *Solar Revolution* se prevé el cambio necesario y deseable de los combustibles fósiles por otras fuentes de energía, así como del tipo y ubicación de dichas fuentes. La energía solar es interesante porque satisface los dos criterios: es renovable y puede producirse in situ. Las necesidades mundiales de energía se abastecerán sin duda a través de varias fuentes, pero la energía solar desempeñará con el tiempo un papel primordial. Bradford cree que la tendencia hacia la energía solar es inevitable, pero considera que las autoridades económicas deberían participar en este proceso ofreciendo condiciones equitativas para todos, aumentando las multas por contaminación e incrementando el gasto en investigación y desarrollo.

Solar Revolution es un libro bien escrito, con mucha información útil y análisis convincentes sobre la actual situación de la energía y las tendencias que podrían desarrollarse en el futuro. Si bien las previsiones con respecto al predominio inevitable de la energía solar tal vez sean optimistas, sobre todo en lo que respecta al sector del transporte, dependiendo en gran medida de la gasolina y otros productos relacionados con el petróleo, Bradford demuestra de forma convincente la viabilidad de la energía solar en la generación de electricidad.

Hossein Samiei

Asesor

Departamento de Estudios del FMI

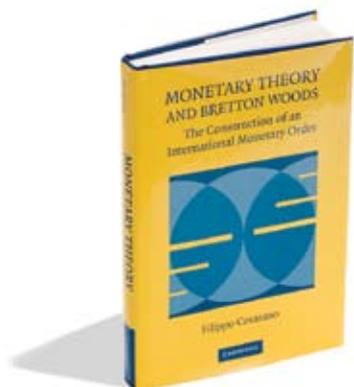
FMI Boletín

¿AL DÍA CON EL FMI?

El FMI y la actualidad económica y financiera mundial en el Boletín del FMI.

Publicado en: www.imf.org/imfsurvey

Los paradigmas monetarios



Filippo Cesarano

Monetary Theory and Bretton Woods

The Construction of an International Monetary Order

Cambridge University Press, Nueva York, 2006, 262 págs., US\$80 (tela).

En los años noventa muchas universidades abandonaron el estudio de la historia y el pensamiento económicos para ampliar los cursos de matemáticas. El libro de Cesarano nos recuerda la importancia de comprender la forma en que se relacionan la evolución de la teoría económica con el contexto histórico y las realidades institucionales y políticas de la formulación de la política económica. Al explicar la forma en que el patrón oro fue sustituido gradualmente por un sistema monetario internacional basado en una moneda fiduciaria, Cesarano demuestra en qué medida los shocks económicos, como la depresión de entreguerras, revolucionaron la teoría económica. También nos recuerda las dificultades de traducir la teoría en política.

Paradójicamente, aunque en el libro se señala que la teoría del dinero ha influido claramente en la estructura de las instituciones monetarias a lo largo de la historia, el sistema de Bretton Woods es un ejemplo en que la teoría monetaria no sentó las bases adecuadas para la formulación de políticas, contribuyendo a que el sistema fuera vulnerable a una dura solución de compromiso. En los años cuarenta, las autoridades económicas no tenían una base teórica firme.

De hecho, en el Reino Unido, el informe del Comité Radcliffe proclamó en 1959 que los conocimientos con respecto al impacto de la política monetaria eran insuficientes para poder utilizarla eficazmente. En cambio, como demuestra Cesarano, la prioridad keynesiana del pleno empleo, atractiva desde el punto de vista político, dominó con respecto al objetivo a más largo plazo —y más doloroso desde dicho punto de vista— de la estabilidad de precios y el tipo de cambio. Esta es la interpretación estándar de las deficiencias del sistema de paridades ajustables de los años sesenta. Cesarano va más allá y relaciona estas deficiencias sistémicas con la evolución de la teoría monetaria desde la crisis del patrón oro clásico de finales del siglo XIX a la crisis de los años de entreguerras. La transición de un producto básico a un patrón fiduciario concluyó al romperse el compromiso de Bretton Woods.

A principios de los años sesenta se habían sentado las bases de un patrón monetario y fiduciario estable: Estados Unidos aplicaba una política de inflación baja y estable, y los mercados privados aprovechaban la función de intermediario del dólar y acumulaban activos líquidos en dólares. Sin embargo, mientras los bancos centrales seguían aferrándose a la teoría clásica utilizando el patrón oro y los políticos optaban por la nueva gestión de la demanda al estilo keynesiano, el sistema comenzó a derrumbarse, frenando la evolución del patrón oro a otro basado exclusivamente en el dólar. La expansión fiscal en Estados Unidos a partir de 1965 y la acumulación de reservas de oro en Europa creó una crisis que eliminó oficialmente el oro del sistema en 1968, pero entonces ya era demasiado tarde para rescatar el sistema de tipos de cambio fijos.

Cesarano presenta un análisis elegante y convincente de los estudios sobre este tema, accesible incluso para aquellos lectores que no son especialistas en teoría monetaria. Hace hincapié en el estilo narrativo más que en los modelos formales, lo que demuestra que conoce muy bien la teoría eco-

nómica del siglo XIX y de entreguerras. Esperemos que esto le asegure un público más amplio de lo habitual en el caso de los análisis más técnicos.

Sin embargo, tengo algunas objeciones. Los lectores deben saber que los acuerdos de Bretton Woods no se analizan hasta el penúltimo capítulo. Por lo

Cesarano nos recuerda las dificultades de traducir la teoría en política.

tanto, se presentan muchos más detalles sobre la teoría en la que se basa el patrón oro clásico y el sistema monetario de entreguerras (sobre el cual ya se han publicado numerosos estudios secundarios) que sobre la teoría económica del sistema de posguerra y los años sesenta (que sigue siendo un tema reciente). Por ejemplo, al analizar la planificación de la posguerra habría sido interesante ver al autor ir más allá de los planes conocidos de Keynes y White, y referirse a los presentados por otros países.

Pero Cesarano no examina los intensos debates sobre la reforma del sistema durante los años sesenta ni explica cómo la creación del DEG, el activo de reserva internacional del FMI, se basa en las teorías sobre la moneda internacional elaboradas durante el período de entreguerras. Tampoco explica por qué las autoridades económicas insistieron firmemente en la aplicación de tipos de cambio estables. Esta inercia en materia de política es quizá más sorprendente en el reajuste de las paridades del sistema en 1971 tras la decisión de Estados Unidos de suspender la convertibilidad de los dólares en oro. No obstante, estas objeciones no deberían considerarse una crítica, sino más bien una propuesta para seguir analizando el tema.

Catherine R. Schenk
Profesora de Historia
de Economía Internacional
Universidad de Glasgow

La redactora de las críticas de libros es Camilla Andersen.